

En medio del infortunio, no hay bálsamo más dulce para el mísero mortal que padece, como los consuelos de la religión.



JULIO Y ADELA.

Era una hermosa mañana de Abril: el cielo estaba limpio y despejado; gorjeaban las aves en los bosques, y se percibía el suave aroma del aura, que se embalsamaba al pasar por las florestas.

En una pieza contigua á un hermoso jardín, se hallaban jugando dos tiernos y graciosos niños. Era el uno una bella jovencita de agradable fisonomía, ojos azules y expresivos, boca pequeña y rubios cabellos; su traje era sencillo, pero de gusto. Esta niña se llamaba Adela; su hermano Julio, que era el otro niño, tenía casi las mismas facciones, con la diferencia de que su aire era más vivo y más picaresco que el de Adela.

La pieza estaba algo oscurecida por varias yerbas, que enredándose en las verjas de la ventana, formaban un verde cortinaje. En un lado de aquella especie de cenador estaba la puerta que conducía al jardín.

—¿No te dije, Julio, exclamó Adela; no te dije que todavía estaba cerrada la puerta? Seguramente no se ha levantado Doña Rita.

—¡Hum! contestó Julio; la tía Rita está volviéndose del otro lado; con razón, es tan . . . vieja.

—Vamos, Julio, papá nos ha mandado que respetemos á Doña Rita.

—Pero ¿sabes por qué? Porque . . . oye, Adela . . . y Julio, bajando la voz y ahuecando sus manos, dijo:—Porque papá . . . también es señor grande . . . como la tía Rita. Y soltando después una carcajada inocente, empezó á saltar por el cuarto.

—Calla, Julio, repuso gravadosa Adela; no sabes lo que hablas, eres un muchacho travieso no más.

—Como que si vieras la travesura que le he hecho á la tía Rita . . .

—¿Qué has hecho, Julio?

—Nada . . . le cogí sus anteojos, y se los llené de tinta; de modo que ahora ha de ver negro hasta el jardín.

—¡Julio! ¡Por Dios! dijo asustada la niña.

—Pues hay más: sobre su silla he puesto un zapote prieto; ella no ve dónde se sienta,

y quiera que no, lo aplasta y . . . já, já, já... andará de parche . . . y sobre el túnico blanco . . .

—Pues mira, Julio; Dios te ha de castigar. Y además, entonces ya no te quiere esa señorita que viene á vernos.

—Sí me ha de querer, porque no le he entintado sus anteojos, ni le he puesto zapote prieto; y además, le voy á hacer un ramillete de flores, y le voy á dar maripositas amarillas, para que las ponga en su florero.

—Yo también, gritó Adela, olvidándose de reprender las travesuras de su hermano; yo también voy á coger flores, sí, y muy bonitas. ¿A qué horas vendrá la señora Rita?

—Ya viene, ya viene, ¡qué gusto! dijo Julio saltando por el cuarto.

Adela corrió á encontrarla, y Julio se puso á cantar este verso:

Una vieja muy revieja
Se miraba en un espejo,
Y colérica decía:
Mal haya el vidrio tan viejo.

Después con voz muy cariñosa le dijo á su aya:

—Buenos días, señora; ¿qué dice la tos?

—Ya verás conmigo, diablito, contestó la tía Rita asomando á sus labios una risa afable. ¿Qué quieren tan temprano los dos angelitos?

—Ir al jardín, respondieron ambos.

—Mira, Adelita; á tí, porque eres tan humilde y buena muchacha, te ha mandado esa señora que los viene á ver, esta perrita.

Y descubrió una perrilla muy fina de la raza de Chihuahua. Adela la tomó en sus manos, la besó muchas veces, se la pegaba al pecho, y la llenaba de caricias.

Julio, un tanto envidioso, dijo á la señora poniéndose muy tieso: y á mí ¿qué me mandó esa señora?

—Nada, nada.

—Bien, contestó, ni yo le daré mariposas ni flores, hasta que no me envíe un perro galgo.

—Vayan, hijos míos, dijo la anciana abriendo la puerta; vayan á divertirse, pero sin correr mucho. Y tú, Julio, cuidado con destrozarse las plantas.

Julio, enderezándose hacia su aya, le dijo:—Cuidado con la tos, querida señora.

Los dos niños salieron al jardín: Adela se sentó en una silla que había quedado olvidada junto á un árbol el día anterior, y Julio, apoyando su brazo en el hombro de su hermana, empezó á invitarla para que lo acompañase al extremo opuesto á coger mariposas.

II

Apenas habían comenzado á correr aquellas graciosas criaturas, cuando se presentó una joven bastante hermosa, aunque su semblante estaba desfigurado y recientes lágrimas acababan de inundar sus rosadas mejillas. Su cuerpo era alto y bien formado, y su andar firme y majestuoso. Su vestido era sencillo, pero decente y de buen gusto. Cuando entró esta joven (que era la que iba á visitar á los niños y que había regalado á Adela la perrilla) se puso en pie la buena anciana Doña Rita, cuyo venerable rostro y cuerpo agobiado por los años, ofrecían un contraste singular con la hermosura y gallardía de la joven.

Pasados los saludos, y habiendo tomado asiento, dijo la recién venida con voz débil:

—Señora ¿cómo están los niños?

—Muy buenos, señora, repuso la aya; y después que la tos le dió lugar de continuar, añadió: Adela está muy contenta con vuestro regalo, y el travieso de Julio está esperando que le mandeis un galgo.

—¡Pobres niños!... Decidme, señora, ¿podré darles un abrazo?... Porque (agregó con voz cortada por el llanto) estoy... de marcha.

—¡De marcha! ¡Santo Dios! ¿Cómo es eso?

—Señora, ya sabéis que vuestro amo Fernando es mi esposo... y padre de estas criaturitas; pero hemos tenido la dura necesidad de estar separados casi siempre, porque mi padre aún ignora nuestro enlace. Ya se ve, ¿cómo queríais que se lo comunicara, si cuando se ausentó hace ocho años por causa de la guerra, me dijo: "Hija querida, á mi vuelta te enlazarás con un amigo mío, que hará tu felicidad. No dispongas de tu mano, y si tal hicieses en favor de otro... ¡tiembla!" Y mi padre se ausentó. Yo, á pesar de su orden y de su terrible amenaza, me enlacé con Fernando... dí á luz á estos preciosos é inocentes niños... que teniendo madre no la conocen, porque estoy obligada á prodigarles caricias; pero caricias de amiga, no de madre. Hay más, mi buena señora: Fernando se ha ido á la guerra, y ayer he recibido carta suya, en la que me dice que está herido á consecuencia de un desafío que tuvo con... un hombre odioso...

—¿Quién es ese hombre, señorita?

—¡Oh señora! no quisiera nombrarlo.

—No os insto.

—Su solo nombre hace temblar.

—¿Cómo?

—Al oírlo, enmudecen todos de temor y de cólera.

—¿Quién podrá ser, señorita?

—Ese hombre... es...***

—¡Callad, señorita! Terrible es eso...

—Ya veis... un duelo...

—Pero ¿qué motivo lo ocasionó?

—¡Oh, señora!... Una venganza.

—¿Una venganza?

—Sí señora. Ese hombre era el esposo prometido por mi padre... yo lo renuncié, después... lo desprecié... y hoy, sabiendo que Fernando es mi esposo, ha provocado un desafío, y lo ha herido... Pero además ha prometido vengarse en los inocentes niños... Cuidadlos mucho, mi buena señora, mientras yo vengo á socorrer á mi esposo...

En este momento se oyeron en el jardín unos gritos que lanzaban los niños. Abrió la puerta la aya, y se precipitaron en sus brazos los inocentes, gritando:

—Unos hombres... por la tapia... se brincaron... y nos querían coger...

Poco á poco se fueron serenando, y con las caricias de su tierna madre, olvidaron el susto. El travieso Julio, volviendo á su humor acostumbrado, decía:

—¡Ay señora! corrí tanto, tanto, que hasta la tos me cogió... como á Doña Rita... ¡qué tos! ¡qué tos!

... ..
A poco rato, haciéndose un violento esfuerzo, y con sacrificio verdaderamente maternal, en medio de un llanto amargo y doloroso, se separó aquella madre de sus tiernos hijos.

III

Diez días habían pasado de este suceso. La buena anciana Doña Rita estaba en un aposento haciendo su labor de costura, cuando de repente se quitó los anteojos, y lanzando un suspiro, dijo:

—¿Quién lo había de creer? ¡Infames, con Dios lo verán!

Pasó un rato, y luego continuó:—¿Cómo tendré fuerzas para dar esta noticia? No, mejor será una carta.

Repentinamente la puerta se abrió, y presentóse la madre de los niños vestida de luto. Al ver á Doña Rita, se soltó llorando... y haciendo un esfuerzo dijo:

—Ya sabeis, señora, mi mal; estoy viuda.

—¡Dios mío!

—Sólo quedan mis hijos....

—Conformaos, señorita....pero....

—¿Qué sucede con ellos?

—No tengo fuerzas para decíroslo.

—Decídmelo por Dios, gritó la madre.

—Oid, señora....

—Pronto.... pronto....hablad.

—Hace cuatro días....bajaron al jardín....y allí....

—¡Oh! decidlo pronto.

—Al cabo de dos horas bajé á buscarlos, y....¡gran Dios!....

—¿Y qué sucedió?....

—¡Estaban ahorcados!....

Difícil sería referir lo que pasó en el corazón de la desdichada joven en aquel instante: hay impresiones que sólo son para sentirse, y únicamente á una madre le es dado comprender la pérdida de los inocentes frutos de su amor.

Rosalía, que tal era el nombre de la esposa de Fernando, cayó en el acto desmayada.

IV

Algunos días habían pasado después de aquella triste escena. Rosalía, que quedó viviendo con la aya de los niños en la misma casa del jardín, lloraba continuamente sin consuelo, y sus sufrimientos y su inquietud eran más crueles, porque no había vuelto á tener noticia de Fernando.

En una noche oscura y tempestuosa se hallaba la infeliz en su habitación, entregada á los más tristes recuerdos, y de cuando en cuando se llenaba de pavor al oír el furibundo estallido de los rayos, cuya luz, al entrar por la ventana, corría con rapidez por la pieza en forma de una culebra de fuego. Repentinamente oye el ruido de un carruaje, que se detiene á la puerta de la casa: acude presurosa para ver quién llega en aquella hora, y apenas se dirige hacia fuera, cuando se presenta ante su vista en un corredor, Fernando acompañado de los dos niños.

En vano sería pretender pintar aquel súbito encuentro, el mutuo llanto y los continuos abrazos de aquellos esposos y aquellos hijos inocentes, en el instante de hallarse unidos después de haber perdido la esperanza de volverse á ver alguna vez. A poco se dirigieron todos al aposento de Rosalía.

Doña Rita estuvo también en la escena, y aunque se mostró sorprendida y muy contenta, se advertía, sin embargo, en ella una extraña inquietud y cierto aire de desconfianza, que apenas podía disimular.

V

Es bien sabido que los desengaños en asuntos de amor suelen herir el amor propio de algunas personas, de tal manera, que las impelen á tomar de su ofensa una horrible venganza.

Tal sucedió al amante desdeñado por Rosalía, el que no satisfecho con haberse batido con Fernando, se propuso también vengarse de aquella. Al efecto hizo robar á los niños del jardín, y sedujo á Doña Rita para que hiciese creer á la madre que habían sido ahorcados; mas al ser conducidos por sus raptores al poder de*** los encontró en un camino Fernando, el que ya sano de sus heridas, y temeroso de al-

gún desastre en su familia, iba en busca de ella con inquietud. A fuerza de oro y de promesas logró que los bandidos le entregasen á sus hijos, y partió con ellos en busca de Rosalía.

A la mañana siguiente de aquella borrasca noche en que llegaron, Julio y Adeia corrían gozosos como antes, buscando mariposas en el jardín.

